



das de todo lo demas en socorro del rey de Tremecén, con quien estaba aliado. Encontraron con ellas cinco galeras de Castilla, que las rindieron y llevaron á Sevilla; allí, los más de los soldados aragoneses, por mandado del rey don Pedro, fueron muertos en compañía de su capitán Mateo Mercero, sin tener memoria ni hacer caso de los buenos servicios que este caballero hizo ántes en el cerco de la ciudad de Algecira. Era tesoro mayor del rey Simuel Leví, que administraba á su albedrío las rentas y patrimonio real, con que juntó las grandes riquezas y alcanzó la mucha privanza y favor que al presente le acarrearón su perdición. Hicieronle diversos cargos, de que resultó echalle en la cárcel y ponelle á cuestion de tormento, tan bravo que por no le poder sufrir rindió el alma. Apoderóse el rey de todos sus bienes, que en tiempo de mal príncipe el derecho del fisco nunca suele ser malo. Llegaban al pié de cuatrocientos mil ducados, otros dicen más, sin los muebles y joyas, paños de oro y seda; cosa maravillosa que un judío juntase tantas riquezas, y que no pudo ser sin grave daño del reino.

Al fin deste año, Mahomad Lago, rey de Granada, fué echado del reino por una conjuración que contra él hicieron sus vasallos. Levantaron por rey á un arraez pariente suyo, por nombre Mahomad Aben Alhamar, á quien por el color de la barba y cabellos llamaban vulgarmente el rey Bermejo; decían que de derecho le venia á éste el reino, por descender de la sangre real de los primeros reyes de Granada. De aquí sucedieron nuevas guerras; el rey de Castilla era amigo y aliado del rey desposeido, el cual se huyera á Ronda, que era entónces del rey de Marruecos. Sintió el de Castilla el trabajo de su amigo Mahomad, y propuso de favorecerle. Por el contrario, el nuevo rey buscaba por todas partes socorros y ayudas de que valerse, y estaba muy inclinado á la parte del de Aragon, lo cual le vino á costar la vida; principalmente ayudó á su perdición el llamar de África al rey Abohanen para que viniese á hacer guerra en España.

En el fin de este año, asimismo doña Constanza, hija del rey de Aragon, fué desde Bar-

celona enviada á Sicilia para que casase con el rey D. Fadrique, á quien su padre la tenía otorgada. Era capitán de la armada en que la llevaron Olfo Prochita, gobernador de la isla de Cerdeña, por el rey de Aragon. Celebráronse las bodas en la ciudad de Catania, á once dias del mes de Abril del año siguiente de mil y trescientos y sesenta y uno, desde el cual tiempo las cosas de aquellas islas comenzaron á ponerse en mejor estado. Los enemigos neapolitanos, parte dellos fueron vencidos y parte echados del reino; deste matrimonio nació doña María, que fué despues reina de Aragon y llevó en dote el reino de Sicilia. Finalmente, en Castilla se hicieron paces por la buena diligencia del cardenal legado, no con ánimos sinceros, ni se entendia que serian durables. Los capítulos dellas: que se restituyesen los unos á los otros los pueblos que se tomaron durante la guerra; que los foragidos de Castilla fuesen echados de Aragon, á tal que el rey de Castilla os perdonase.

En la villa de Deza, do el rey de Castilla tenía sus reales, se publicaron estas paces á voz de pregonero en diez y ocho dias del mes de Mayo. Ayudó mucho á que esta concordia se asentase el miedo grande de la guerra que el rey de Granada entónces hacia á Castilla. Para mayor firmeza desta paz acordaron que de ambas partes se diesen rehenes que estuviesen en fiabilidad en poder del rey Carlos de Navarra, que en aquella sazón se hallaba en Francia de partida para España, con mucho contento y regocijo que tenía por un hijo que le naciera de la reina su mujer, que se llamó Carlos. Gobernaba en el entretanto el reino de Navarra su hermano el infante D. Luis. Hecha la paz, el rey de Aragon se partió de Calatayud para Zaragoza, el de Castilla á Sevilla, D. Enrique y sus hermanos acordaron conformarse con el tiempo y retirarse á Francia, escalon y camino para hacerse pujantes y para hacer temblar á Aragon y Castilla y renovarse la guerra con mayor furia y obstinacion que ántes.

Los trabajos y desdichas de la reina doña Blanca movian á compasion á muchos de los grandes de Castilla, y los obligaban á que tratasen de juntar sus fuerzas y armas para am-



paralla. No se le pudieron encubrir al rey estos pensamientos: cobró por esto mayor odio á la reina, como si fuera ella la causa de tan grandes guerras y debates. Parecióle que quitada de por medio quedaria libre él deste cuidado. Hizola morir con hierbas que por su mandado le dió un médico en Medina-Sidonia en la estrecha prision en que la tenían, tanto que no se le permitia que nadie la visitase ni hablase; abominable locura, inhumano, atroz y fiero hecho, matar á su propia mujer, moza de veinticinco años, agraciada, honestísima, inocentísima, prudente, santa, de loables costumbres y de la real sangre de la poderosa casa de Francia.

No hay memoria entre los hombres de mujer en España á quien con tanta razon se le deba tener lástima, como á esta pobre, desastrada y miserable reina. De muchas tenemos noticia, que fueron muertas y repudiadas de sus maridos, pero por alguna culpa ó descuido suyo; á lo ménos que en algun tiempo tuvieron algun contento y descanso, con cuya memoria pudiesen tomar algun alivio en sus trabajos. En la reina doña Blanca nunca se vió cosa por que mereciese ser sinomuy estimada y querida: sin embargo, no amaneció para ella un dia alegre, todos para ella fueron tristes y aciagos. El primero de sus bodas, fué como si la enteráran; luégo la encerraron, luégo la desecharon, luégo la enviaron: no gozó sino de calamidades, pesares y miserias. Quitáronle sus damas y criados, privaba su émula: ¿quién, en tales trances, la podia favorecer? Todo socorro y alivio humano estaba muy léjos. «Más á tí, rey atroz, ó por decir mejor, bestia inhumana y fiera, la ira é indignacion de Dios te esperan; tu cruel cabeza con esta inocente sangre queda señalada para la venganza. De esas tus rabiosas entrañas, se hará á aquel justo y contra tí severo Dios, un agradable y suave sacrificio. La alma inculpable y limpia de tu esposa, más dichosa en ser vengada que con tu matrimonio, de dia y de noche te asombrará y perseguirá de tal guisa, que ni la vergüenza de lo torpe y sucio, ni el miedo del peligro, ni la razon y conciencia dura de tu locura y desatino te aparten ni

enfrenen, para que fuera de seso no aumentes las ocasiones de tu muerte, hasta tanto que con tu vida pagues las que á tantos buenos é inocentes tienes quitadas.»

Es fama, y autores fidedignos lo dicen, que andando el rey á caza junto á Medina-Sidonia, le salió al camino un pastor con traje y rostro temeroso, erizado el cabello y la barba revuelta y encrespada, y le amenazó de muerte si no tenia misericordia de la reina doña Blanca, y hacia vida con ella. Añaden, que los que envió el rey con gran diligencia para averiguar si le enviára la reina, la hallaron hincada de rodillas, que hacia sus castas y devotas oraciones, y tan encerrada y guardada de los porteros, que se perdió toda la sospecha que se podia tener de que ella le hobiese hablado. Confirmóse mucho más la opinion que comunmente se tenía de que fué enviado por Dios, con que despues que soltaron al pastor de la prision en que le echaron, nunca jamás pareció ni se supo qué se hiciese dél. Doña Isabel de Lara, hija de don Juan de Lara, fué al tanto muerta con hierbas que le dieron en la prision en que en Jerez la tenían. Un historiador, que fué y se llama el dispensero mayor de la reina doña Leonor de Castilla, en unos comentarios que escribió de las cosas de su tiempo que pasaron los años adelante, dice que la muerte de doña Blanca sucedió en Ureña, villa de Castilla la Vieja, cerca de la ciudad de Toro: creo que se engañó.

Esta manera con la sangre de inocentes los campos y las ciudades, villas y castillos, y los rios y el mar estaban llenos y manchados: por donde quiera que se fuese se hallaban rastros y señales de fiereza y crueldad. Que tan grande fuese el terror de los del reino, no hay necesidad de decirlo: todos temian no les sucediese á ellos otro tanto, cada uno dudaba de su vida, ninguno la tenía segura. Esta comun tristeza en alguna manera se alivió con la muerte de doña María de Padilla; dió fin á sus dias en Sevilla entrado el mes de Julio: si no se hobiera manchado con la deshonesta amistad que tuvo con el rey, mujer por lo demas digna de ser reina por las grandes partes de que Dios así en el alma como en el cuerpo la



dotó. El cuerpo de la reina doña Blanca fué depositado algunos años adelante en el sagrario de la Iglesia mayor de Tudela por los caballeros franceses que vinieron en ayuda del conde D. Enrique, ca tenían intento de llevalla despues á enterrar en Francia en los sepulcros de sus antepasados. El entierro y obsequias de doña María se hicieron en todas las ciudades y villas del reino con aquella majestad, lutos, pompa y aparato como si fuera la legítima y verdadera reina de Castilla. Llevaron su cuerpo á enterrar á Castilla la Vieja al monasterio de Santa María de Estudillo, que ella á sus expensas edificára.

En la ciudad de Toledo en el monasterio de las monjas de Santo Domingo el Real, que es de la órden de los predicadores, hay tres sepulcros: el uno es de doña Teresa, dama que fué de la reina madre del rey D. Pedro, de la cual debaxo de palabra de casamiento hobo una hija que se llamó doña María, que fué muchos años priora deste monasterio, y está enterrada en el segundo sepulcro: en el tercer están enterrados D. Sancho y D. Diego, hijos asimismo del rey D. Pedro, habidos en una doña Isabel, de quien no se tiene noticia, cuya hija fuese ni de qué calidad y linaje. A la verdad, no había mujer alguna tan casta, ni tan fortalecida con defensas de honestidad y limpieza y todo género de virtudes, que tuviese seguridad de no caer en las manos del rey mozo, loco, deshonesto y atrevido. No podían estar tan en vela los maridos, padres y parientes que bastasen á poderle escapar la que él de veras una vez codiciaba; todo lo sobrepujaba y vencía su temeridad y desvergüenza grande.

Por este tiempo el rey de Portugal declaró pública y solemnemente en Lisboa que los hijos que arriba dijimos hobo en doña Inés de Castro, eran legítimos y de legítimo matrimonio, y como tales eran capaces para poder heredar el reino. Presentó por testigos del matrimonio clandestino que con ella contrajo, á don Gil, obispo de la Guardia, y á Estevan Lovato, su guarda-ropa mayor: con solemnes juramentos, el rey y los testigos confirmaron ser así verdad como lo decían. Estuvieron presentes á esta declaracion los nobles del reino, y entre

ellos D. Juan Alfonso Tello, conde de Barcelos, á quien el año ántes diera aquel título en la misma ciudad de Lisboa con grande fiesta y regocijo de todo el pueblo. Estos títulos se usaban muy poco en España, y en Portugal hasta entónces nunca jamas; en nuestros tiempos son innumerables los condes, marqueses y duques que hay: vicio y corrupcion de nuestra humana condicion es desechar y menospreciar las cosas antiguas, y llenos de admiracion irnos embelesados tras las nuevas.

En el entretanto la guerra de Granada con grande ahinco y enojo de ambas partes se proseguia. Juntáronse en Castilla muchas compañías de todo el reino, y entraron por las tierras de los moros, haciéndoles grandes daños. Cercaron la ciudad de Antequera, á quien los antiguos llamaron Singilia: no la pudieron tomar por ser plaza muy fuerte, y tener dentro buena guarnicion de valientes moros que se la defendieron: talaron la vega de Granada, y sin hacer cosa señalada se volvieron á Castilla. Pocos dias despues entraron en el adelantamiento de Cazorla seiscientos moros de á caballo y hasta dos mil peones, que hicieron una buena presa de cautivos y ganados. Sabido esto por los caballeros de la ciudad de Jaen y de los pueblos de su comarca, se apellidaron contra ellos, y les quitaron toda la presa con muerte de muchos dellos y prision de otros: los demas se pusieron en huida. Estos fueron los principios de la guerra de los moros.

Mayor tempestad de guerra se temia de la parte de Francia; daño que deseaba remediar el cardenal legado, que aquel estío se quedó en Pamplona, por ser pueblo fresco, sano y de buen cielo, y á propósito para lo que él con grande solicitud pretendia. Esto era que el rey de Castilla perdonase los foragidos que andaban en Francia, y revocase la sentencia que contra ellos diera en Almazan, declarándolos por rebeldes y enemigos de la patria: decia que el rey era obligado á hacer esto por ser uno de los capítulos y condiciones con que se concluyeron las paces de Aragon. El fiero y duro razon del rey no se ablandaba con tan justos y razonables ruegos; ántes parecia que forjaba en su pecho mucha mayor guerra contra Ara-



gon de la que ántes hiciera. Por esto el cardenal legado, á ruego é instancia del rey de Aragon por el derecho y poder que le dieron, y facultad que tenia, dió por ninguna la sentencia que en Almazan se pronunció contra D. Enrique y sus consortes. Enojóse mucho el rey de Castilla por esta declaracion, y crecióle con ella el deseo que tenia de vengarse. Propuso de ejecutar su ira y saña, concluido que hobiesen la guerra de los moros, que todavía andaba muy encendida con varios sucesos que acontecian.

En particular en diez y ocho de Febrero del siguiente año de mil y trescientos y sesenta y dos junto á Acci, que ahora es la ciudad de Guadix, tuvieron los moros de Granada una buena victoria de los castellanos. El caso pasó desta manera: D. Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, y Enrique Enriquez, adelantado de la frontera de Jaen y otros caballeros entraron en las tierras de los moros con mil caballos y dos mil infantes, con intento de combatir á Guadix: mas sin que los cristianos lo supiesen habia ya entrado en aquella ciudad para defendella gran número de soldados que de la comarca y de Granada vinieron á socorrerla. Los nuestros, sin recelo, enviaron algunas compañías á que talasen y robasen los campos que llaman del Val del Alhama. Los moros, visto que estaban divididos, salieron con grande impetu de la ciudad y dieron en los que quedáran, y trabaron con ellos una brava y reñida pelea que duró todo el día. Todos pugnaban por vencer: al fin, como quier que fuese muy mayor el número de los moros, no obstante que los cristianos se defendieron valerosamente, los desbarataron y mataron muchos, á otros cautivaron, prendieron al maestre y lleváronle á Granada al rey Bermejo, que sin ningun rescate le envió luégo al Rey D. Pedro, ca deseaba con este regalo desenojarle. El rey, pensando que de miedo le hacia aquella cortesía, se ensoberbeció más, y juntado que hobo sus gentes, para reparar la honra perdida y vengar la injuria de los suyos, entró en el reino de Granada, y con grande furia destruyó los campos, quemó las aldeas, ganó algunas villas y se volvió con rica presa á Sevilla.

Á este mal suceso para el rey de Granada se

le allegó otro peor, y fué que muchos caballeros del reino, de los que ántes seguian su parcialidad y tenían su voz, le comenzaron á dejar y favorecer á su émulo Mahomad Lago, no obstante que estaba despojado y andaba huido. Como el rey Bermejo sintió las voluntades inclinadas á su enemigo, temió perder el reino. Consultó el negocio con los de quien más se fiaba: en fin, con seguro que alcanzó del rey de Castilla, se determinó de ir á Sevilla y ponerse en sus manos. Autor de este mal acertado y desdichado consejo fué Edriz, un caballero grande amigo del rey y su compañero en los peligros, y que tenía mucha autoridad entre los moros y era muy estimado y de gran nombre por la mucha prudencia que con la larga experiencia de los negocios alcanzaba. Vino el moro á Sevilla con cuatrocientos hombres de á caballo y doscientos de á pié que le acompañaban. Trujeron grandísimas riquezas de paños preciosos, oro, piedras, perlas, aljófar y otras joyas y cosas de gran valor. Ponia el moro la esperanza del rey ofendido en lo que fué causa de toda su perdicion. Recibióle el rey con grande honra en el alcázar de Sevilla.

Llegado á su presencia, despues de hecha una gran mesura, uno de sus caballeros habló desta manera. «El rey de Granada, que está presente, poderoso señor; por saber muy bien que sus antepasados fueron siempre aliados, tributarios y vasallos de la casa de Castilla, se viene á poner debaxo del amparo de vuestra real Alteza, cierto de que se procederá con él con aquella mansedumbre, equidad y moderacion cual los reyes de Granada la solian hallar en vuestros antecesores; que si acaso recibian algun deservicio dellos (que no es de maravillar segun son varias y mudables las cosas de los hombres), con mandarles pagar parias y algunos dineros en que eran penados, los volvian á recibir en su gracia y amistad. Si entre ellos asimismo y en su casa nacian algunas diferencias y debates, todo se componia y apaciguaba por el arbitrio y parecer de los reyes de Castilla. Estamos alegres que lo mismo nos haya acontecido de acudir á la vuestra merced: tenemos grande confianza que nos será gran reparo el venir con esta humil-



»dad á echarnos á vuestros piés. Mahomad La-  
»go fué justamente echado del reino por su  
»mucha soberbia con que trataba los pueblos,  
»y por su mucha avaricia con que les quitaba  
»lo suyo: á nos de comun consentimiento pu-  
»sieron en su lugar y coronaron, por descender  
»derechamente de la real y antigua alcuña y  
»sangre de Granada, y ser legítimos herederos  
»del reino, de que á tuerto y con gran tiranía  
»nos tenía despojados. Hacemos ventaja en po-  
»der y fuerzas á nuestro competidor; solamen-  
»te á vos reconocemos y tenemos, con cuya fe-  
»licidad y grandeza no nos pretendemos com-  
»parar. Tenemos cierta esperanza que pues la  
»justicia claramente está de nuestra parte, no  
»dexaremos de hallar amparo en la sombra de  
»un justo príncipe, y que los ruegos de un rey  
»hallarán benigna cabida en la piedad de vues-  
»tra real clemencia, mayormente que el segu-  
»ro que se nos mandó dar, nos animó mucho  
»é hizo ciertos que nuestra venida sería á nos  
»dichosa y á vos grata. Parécenos que tenemos  
»suficientísimo amparo en nuestra inocencia y  
»justicia. Deseamos se entienda que vuestra  
»prudencia la prueba, y vuestra poderosa é in-  
»vencible mano la ampara.»

Á esto el rey de Castilla con engañoso y ri-  
sueño rostro y blandas palabras respondió que  
holgaba con su venida, que tuviese buena es-  
peranza de que todo se haria bien, y puestos  
los ojos en el rey, le dixo: «Este dia ni á vos  
»ni á los vuestros os acarrearé algun daño.  
»Entre nos hay todas las obligaciones de amis-  
»tad, fuera de que no acostumbramos á traer  
»guerra con la fortuna y desgracia de los hom-  
»bres, sino con la soberbia y presuncion de  
»los atrevidos y rebeldes.» Dicho esto, el maes-

tre de Santiago D. García de Toledo, llevó al  
rey Moro á que cenase con él. Al tiempo que  
cenaban, le echaron mano y le prendieron, sea  
por mudarse repentinamente la voluntad, sea  
por quitarse la máscara aquel desleal y cruel  
príncipe. No paró aquí la desventura: dentro  
de pocos dias el desdichado rey, adornado de  
sus vestiduras reales, que eran de escarlata, y  
subido en un asno con treinta y siete caballeros  
de los suyos que tambien llevaban á executar,  
le sacaron á un campo donde justician los mal-  
hchores, que está cerca de la ciudad y se dice  
de Tablada. Allí mataron al mal aconseja-  
do rey y á los treinta y siete caballeros suyos.

Corrió fama que les causó la muerte las  
grandes riquezas que truxeron, y que al ava-  
riento ánimo del rey se acodició á ellas. Refie-  
ren otros algunos autores de aquel tiempo que  
el mismo tirano y cruel rey le mató de un bo-  
te de lanza: hecho feo, abominable, oficio de  
verdugo, y crueldad que parece más grave y  
terrible que la misma muerte. No consideró el  
rey D. Pedro cuán aborrecible y odioso se ha-  
cia, y lo que dél hablarían las gentes, no solo  
entónces, sino mucho más en los siglos venide-  
ros. Al tiempo que le hirió escriben que dixo  
estas palabras: «Tomad el pago de las paces  
»que por tu causa tan sin razon hice con el  
»rey de Aragon.» Y que el Moro le respondió:  
«Poca honra ganas, rey D. Pedro, en matar un  
»rey rendido y que vino á ti debaxo de tu se-  
»guro y palabra.» Envió el rey de Castilla el  
cuerpo del rey Bermejo á su competidor Ma-  
homad Lago, que á la hora recobrado el reino,  
envió libres al rey D. Pedro todos los cristia-  
nos que cautivaron los moros en la batalla de  
Guadix.

## CAPÍTULO II.

**Renúvase la guerra de Aragon.—D. Pedro hace alianza con los reyes de Inglaterra y Navarra para hacer la guerra al de Aragon.—Entra en Aragon con un poderoso ejército, y toma varios pueblos.—Que D. Enrique fué alzado por rey de Castilla.—Desvanecidas las esperanzas de la paz, el rey de Castilla entra por Murcia, y pone sitio á Valencia.—Los reyes de Navarra y Aragon, y el conde D. Enrique hacen liga entre sí.—Que el rey D. Pedro fué echado de España.—Los dos reyes empiezan con gran porfia la contienda sobre el reino.—D. Pedro hace matar en Burgos á D. Juan Fernandez de Tovar.—De las guerras de Navarra.—Los reyes de Francia y de Aragon se conciertan en hacer guerra al de Navarra.—El de Navarra hace liga con el rey D. Pedro.—Que D. Enrique fué vencido junto á Nájara.—D. Pedro el Cruel pasa los Pirineos con grande ejército por los estados del rey de Navarra.—D. Enrique sale de Búrgos con su ejército en busca del enemigo, y los embajadores de Francia y algunos capitanes le aconsejan que no dé la batalla.—Del maestre de San Bernardo.—El maestre de San Bernardo es preso en la batalla de Nájara, y muerto por orden de D. Pedro.—Un arcediano le descomulga por orden del papa.—Que D. Enrique volvió á España.—D. Enrique se pasa á Francia á pedir socorros para recobrar el reino de Castilla.—Se le pasan muchos caballeros y personas principales de Castilla que habían sido hechos prisioneros en la batalla de Nájara.**

Concluida la guerra de los moros, y dado  
orden en las cosas de Andalucía, se volvió con  
mayor coraje á la guerra de Aragon, aunque  
con disimulacion fingia el de Castilla que los  
apercebimientos que se hacian eran para de-  
fenderse de la guerra que se temia de Francia,  
cuyo autor y cabeza principal se decia ser el  
conde D. Enrique. Trató de aliarse con el rey  
de Inglaterra, que no esperaba hallaria buena  
acogida en el rey de Francia, por entender no  
estaria olvidado de la muerte de su sobrina la  
reina doña Blanca, cuya venganza era de creer  
querria hacer con las armas. Quiso asimismo  
el rey de Castilla ayudarse del rey de Navarra,  
y para tratar dello se vieron en la ciudad de  
Soria: allí secretamente se conformaron contra  
el rey de Aragon. No tenia el navarro causa  
ninguna justa de romper con el aragones: para  
hacer la guerra con algun color fingió y pu-  
blicó que estaba agraviado dél, porque siendo  
su cuñado y teniendo hecha con él alianza, no  
le favoreció cuando le tuvo preso el rey de  
Francia: que por esto no queria más su amis-  
tad, antes pretendia con las armas tomar en-  
mienda deste agravio.

Con esta resolusion juntó de su reino las

más gentes que pudo, y cercó en Aragon la  
villa de Sos, que tomó al cabo de muchos dias  
que la tuvo cercada. El rey de Castilla al tan-  
to juntó un grueso ejército de diez mil caba-  
llos y treinta mil infantes, con que entró podo-  
rosamente en el reino de Aragon con intento de  
poner cerco sobre Calatayud. Rindió en el ca-  
mino la fortaleza y pueblo de Hariza, y tomó á  
Ateca, Cefina y Alhama. Pasó adelante, y en el  
mes de Junio asentó sus reales sobre Calata-  
yud, que es una ciudad fuerte de la Celtibe-  
ria. Tenia dentro de guarnicion mucha gente  
valerosa, y muy leal al rey de Aragon. El mis-  
mo, sabido el aprieto en que podian estar los  
cercados, los envió desde Perpiñan y Barcelona,  
donde aquellos dias se hallaba, al conde de  
Osona, hijo de Bernardo de Cabrera, para que  
él y D. Pedro de Luna y su hermano D. Artal  
y otros caballeros procurasen entrar en la ciu-  
dad, y animasen á los cercados y los que en-  
viesen mientras se les enviaba algun socorro.  
Encaminaronse segun les era mandado, mas  
como llegasen una noche al lugar de Mier-  
des, que está junto á Calatayud, fue avise-  
sado dello el rey D. Pedro: cargo de  
bresalto sobre ellos, tomó el lugar á parti-